

Es verdad que las mentiras jocosas y oficiosas son pecados veniales; pero ¿dejan de ser pecados vergonzosos y funestos á nuestras almas? ¿Dejará Dios de tomarnos estrecha cuenta de tales mentiras, amenazándonos por san Mateo, que nos la pedirá de todas las palabras ociosas, aunque sean conformes á la verdad? Confundámonos, señores, y mas á vista de la pena que en el libro de sus *Retractaciones* mostró tener san Agustin de los pecados de su lengua (1). Porque san Agustin, que no habló sino para predicar y defender la verdad, teme haberse excedido; y nosotros, que hablamos á todas horas, fuera de propósito, de asuntos inútiles, ¿no tememos ofender á Dios? Vana seguridad! Porque en sentir de Salomon, es imposible que los habladores ó locuaces no pequen muchas veces (2). *In multiloquio non deerit peccatum*. Y es casi imposible, que la lengua precipitada ó ligera no sea dolosa, segun nos dió á entender David (3): *Dilexisti omnia verba precipitationis, lingua dolosa*; y por consiguiente deslizándose en palabras y mentiras oficiosas, es fácil que caiga en las que son perniciosas y pecados mortales.

No en vano el real Profeta le pedia á Dios con la mayor instancia, que pusiera en sus labios la guarda y fuerte candado de la circunspeccion, y que jamas apartara de su boca á la verdad (4): *Ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque*. Y la Iglesia, luego que comienza á orar por la mañana, pide al Señor, que modere, ate y refrene nuestra lengua: *Linguam refrænans temperet*. Porque segun dice Santiago (5), es la lengua, como una bestia feroz, que suelta causa los mayores estragos. Es, continúa este apóstol, aunque una de las partes mas pequeñas de nuestro cuerpo, bien empleada, la mas útil; mal empleada, la mas dañosa. Semejante al timon, que siendo un pequeño pedazo de leño, movido de la mano de un hombre, arroja hácia un escollo, ó dirige hácia el puerto al monte de madera que fluctúa entre las ondas; semejante á una pequeña rueda, que haciendo mover una gran máquina, abate ó levanta el cuerpo mas pesado. ¡Feliz, sabia la lengua, cuando la verdad y la caridad la mueven; infeliz, ignorante, cuando la mueven la mentira y la pasion! ¿Queréis saber, señores, por lo claro,

(1) *Aug. lib. 1. Retract. in prol.* (2) *Prov. c. 10. v. 19.*
 (3) *Psalm. 51. v. 6.* (4) *Psalm. 118. v. 43.* (5) *Jac. c. 3. v. 5. et seqq.*

que es la lengua de un mentiroso? Esta definicion la da el apóstol Santiago: *Universitas iniquitatis* (1), una universidad ó escuela, en que se enseñan, aprenden y practican las iniquidades.

En efecto, ¿qué injusticias no comete la lengua de un mentiroso maldiciente? Quita el honor y la fama á sus prójimos; quita la hacienda y aún la vida á los inocentes: en nada repara, todo lo atropella. Ni el mismo Dios hecho hombre pudo librarse de que los judíos le llamaran samaritano, endemoniado, y le levantaran mil falsos testimonios para quitarle la honra y la vida. ¡Bienaventurados vosotros, diré con el Eclesiástico, si os preserváis de las malas lenguas! (2) *Beatus qui tectus est à lingua nequam!* Pero siendo imposible, mejor diré con el mismo, procurad no caer con la lengua, injuriando á vuestros prójimos, para que no se haga mortal é irremediable vuestra caída: *Attende, ne forte labaris in lingua..., et sit casus tuus insanabilis in mortem* (3). Tenéd gran cuidado con vuestras lenguas: es inminente el peligro de caer en la maledicencia, porque el orgullo, la avaricia, la envidia, enemigos domésticos, y el demonio, el mundo, vuestros amigos, enemigos externos, os incitarán á que habléis mal de vuestros prójimos: *Attende, ne forte labaris in lingua.*

Ponéd gran cuidado en vuestras lenguas, no sea que cayendo en algunas mentiras perniciosas, no podáis levantaros: *Et sit casus tuus insanabilis ad mortem*. ¿Ejecutaréis acaso lo que es de vuestra obligacion, para satisfacer la injuria que hicisteis á vuestros prójimos? ¿Tendréis valor para desdeciros y desmentir lo que dijisteis en desdoro suyo, para ser reputados por ligeros y calumniadores? Y bien que por salvaros hagáis lo que os mande un confesor sabio y zeloso, ¿conseguiréis restituir la fama que quitasteis? El mundo, que con facilidad cree lo malo y con dificultad lo bueno; el mundo, que por autorizar sus desórdenes, se alegra de los escándalos; el mundo perverso, digo, ¿se desengañará, cuando vosotros digáis que os engañasteis? Los unos pensarán que algun respeto, y los otros que la conveniencia propia os hace mudar de lenguaje. Pues ¿cómo volveréis la honra que robasteis á vuestros prójimos? ¿Cómo repararéis el daño que ocasionasteis, haciendo perder con calumnias

(1) *Ibid. v. 6.* (2) *Eccl. c. 28. v. 23.* (3) *Ibid. v. 30.*

á aquella mujer un casamiento, á aquel hombre un empleo? cómo blanquearéis al que denigrasteis? Es sumamente difícil, y la misma dificultad del remedio hace mas horroroso el daño, y mas grave, mas mortal vuestra culpa.

Sin embargo entiendo, que aún son mayores que estos los perjuicios, que ocasionan los que mienten lisonjeándonos, ó diciendo de nosotros el bien que no tenemos. Todos nos quejamos de la malignidad del que reprende nuestras acciones, y tal vez tendrá mucha razon para reprenderlas, como notoriamente malas y escandalosas; pero no nos quejamos de tantos que lisonjean nuestras depravadas pasiones, siendo así que este daño es tanto mas nocivo, cuanto mas halagüeño y ménos sensible; tanto mayor, cuanto los bienes temporales de vida, honra y hacienda, que nos quita el maldiciente, son inferiores á los bienes de la gracia y de la gloria, que nos quita el lisonjero, aplaudiendo nuestros defectos y fomentando nuestros vicios. La lengua de los lisonjeros es con toda propiedad una universidad de iniquidades: *Universitas iniquitatis*. Y ellos son malvados hipócritas, tentadores, segun dijo Cristo nuestro Señor por san Mateo á los escribas y fariseos (1): *Quid me tentatis, hypocrite?* Los judíos en nuestro Evangelio se mostraron maldicientes; en otras ocasiones lisonjeros. Y es muy regular en los hombres falsos y mentirosos, como dice santo Tomas de Villanueva, el tránsito de la maledicencia á la lisonja, mudándose, segun lo pide su conveniencia, que es el único depravado fin que se proponen. Pero distingamos dos especies de lisonjeros, pues los unos lo son por inconsideracion, y los otros por malicia. Por inconsideracion son lisonjeros aquellos, que se empeñan en decir que todos los hombres son buenos. Llevan al suplicio á un asesino, y dicen, que lo tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los testigos que depusieron, ó á los jueces que le condenaron. Ven una accion evidentemente torpe, y se ingenian cómo disculparla, sin advertir que con esto inducen á los que les oyen, á que hagan otro tanto. No es esa conducta conforme á la caridad, cuyo zelo nos obliga á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues da al vicio las alabanzas, que solamente se deben á la virtud. Y no ménos mienten, no ménos amenaza Isaías á los que llaman bueno á lo

(1) *Matth. c. 22. v. 18.*

malo, que los que llaman malo á lo bueno (1). *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum.* Hacéd madura reflexion, oyentes míos, ántes de culpar ó de alabar á vuestros prójimos: no seáis inconsideradamente lisonjeros.

Los lisonjeros de malicia adulan con ánimo de engañarnos; y de esta especie de lisonjeros está lleno el mundo. Porque entrád en los palacios, y veréis como están muy de asiento, labrando con su fortuna la ajena desgracia, y aún la de sus mismos príncipes, á quienes lisonjean. Y si no, dígalo el hijo de Salomon (2), que por seguir el consejo de unos jóvenes lisonjeros, apartándose del dictámen de los ancianos prudentes, perdió el dominio de las diez tribus de Israel. Otros muchísimos monarcas os acordara, que dejaron á la posteridad la mas infame memoria por culpa de sus áulicos aduladores, si no me hiciera cargo de que os importa mucho mas el conocimiento de las lisonjas que tenemos presentes. Entrád en las casas de los poderosos y de los hombres de medianas conveniencias, y veréis que criados, criadas y cuantos las frecuentan, alaban la educacion de unos niños, que se crían sin enseñanza y sin temor de Dios; aplauden como chiste al desacato, como gracia la desvergüenza; y ciegan á sus padres con el humo del impuro incienso que les tributan. Entrád en una sala de visita, y veréis á los piés de una mujer á uno ó mas hombres, que intentan persuadirle que es una deidad: ella por lo que ve y por lo que oye, llega á creerlo; y á pesar de la impureza que indignamente la abate, se pone mas vana y soberbia que Luzbel. En cualquier parte oiréis, que al avaro le dicen, que es cordura atesorar riquezas; al pródigo, que es generosidad gastar toda la renta y algo mas en gulas y convites; al vengativo, que es punto de honra tomar satisfaccion de la ofensa. Todo está inficionado con el pestilente aire de la lisonja.

Pero no me atreviera á entrar en los templos, si no me introdujera en ellos santo Tomas de Villanueva (3). No me atreviera, digo, á hablar lo que voy á decir, si un santo tan circunspecto, para enseñar á sus oyentes el cuidado que deben poner en la eleccion de confesores, no hubiera predicado en uno de sus sermones lo que pasa en el tribunal de la penitencia. ¿Qué tiene

(1) *Isai. c. 5. v. 20.* (2) *III. Reg. c. 12.*

(3) *Th. à Villan. Fer. 6. post Dom. quad.*

perdida la cristiandad, pregunta, sino la blanda lisonja de algunos confesores? No reparan en decir á sus penitentes: no os aflijáis; es de hombres el pecar; pero es fácil conseguir el perdón. Ya os habéis confesado, ya estáis absueltos; vivid alegres: recibisteis con los sacramentos la gracia; sin duda alcanzaréis la gloria. — Así impiamente piadosos y piadosamente impíos no inspiran el dolor y la compuncion que debieran, ni imponen las penitencias correspondientes á la gravedad de las culpas; así con la blandura de sus palabras quitan el horror á los pecados: así con una paz engañosa calman los remordimientos de la conciencia; así con vil condescendencia fomentan los vicios y se hacen cómplices de los delitos ajenos.

¿Á quién compararé, continúa el santo, á estos lisonjeros? Á aquel que desde la orilla de un rio caudaloso alarga la mano al que se ahoga, y no teniendo fuerzas para sacarle, cae en las aguas, y perecen los dos juntos. Y con no menor propiedad compara Orígenes á todos los lisonjeros con los magos de Egipto, que por complacer á Faraon, trasformaron con sus encantos las varas en culebras; pero jamas pudieron con otros encantos reducir las culebras á la primera figura de varas. Pues así mismo los lisonjeros quitan con el hechizo de sus mentiras á las almas su inocencia; mas no pueden, ó es tan difícil restituirla, como lo es su desengaño. Sin embargo, oyentes míos, si fuisteis lisonjeros, para alcanzar el perdón debéis ser desengañadores; y aunque no lo hayáis sido, estáis obligados á decir la verdad y desengañar á vuestros prójimos.

SEGUNDA PARTE.

¡Terrible empeño haber de decir la verdad á los que están bien hallados con el engaño! Siempre ha sido arriesgado decir-la, y siempre los que la han dicho, han padecido persecuciones y muertes. Porque ¿qué motivo tuvieron los atenienses para quitar la vida á Sócrates y Focion, los dos hombres mas de bien que conoció la antigüedad, sino que les decian la verdad? Y esto no solo sucedió en el pueblo infiel, sino tambien en el judaico, pues los judíos mataron cruelmente á Isaías. Y Elías, Eliseo, Miquéas, Jeremías, el Bautista y cuantos les dijeron la verdad, ¿qué cárceles, qué destierro, qué suplicios no padecieron? Hasta san Pablo, tan querido de los cristianos de Galacia,

llegó á ser aborrecido, como enemigo, apénas se puso á escribirle la verdad: *Inimicus factus sum vobis verum dicens*. Hasta san Juan Crisóstomo, tan benemérito de la cristiandad, incurrió en la ira de la emperatriz Eudoxia, y murió desterrado por decirle la verdad. Sobre todo (pues fuera nunca acabar, si hubiera de contar todos los mártires de la verdad) á Jesucristo bienhechor universal, le apedrearon en este día sus mas favorecidos, porque los estrechaba á que creyeran la verdad, y continuando en decirla, no tardaron á crucificarle.

No bastará pues no mentir ó callar? ¿No bastará, que los ministros del Señor digan en los púlpitos y confesonarios las verdades desnudas? ¿No bastará, que cuando nos preguntan, si una accion es buena ó mala, digamos la verdad? ¿Por ventura estamos obligados, cuando sabemos que nuestros prójimos pecan, á desengañarlos, sin que nos pidan consejo? Sí, cristianos oyentes míos; y esta obligacion nace del precepto de la correccion fraterna, que nos impuso Cristo Señor nuestro por san Mateo (1), y tiene su origen en aquellos dos máximos preceptos del amor de Dios y del prójimo. Porque en fuerza del amor de Dios debemos, no solo no ofenderle, sino desear que nadie le ofenda, sentirlo y procurar impedirlo. Si no experimentamos en nuestro corazon estos afectos, decia san Juan Crisóstomo, no amamos á Dios, como no aman á su rey aquellos vasallos que sufren que otros le injurien; ni aman á su padre los hijos, que no solicitan que sea honrado y venerado de todos. Porque el mismo amor de Dios naturalmente nos impele á zelar su honor, y á reducir á su obediencia y servicio á los pecadores rebeldes, siendo nuestra inaccion ó indiferencia argumento claro de que no le amamos. ¿Es bueno que la tierra se abre para vengar las blasfemias de Coré, de Datan y de Abiron, que el sol se pára en medio de su carrera, para que Josué venza á los amorreos; que la luna y las estrellas pelean contra Sísara, porque en aquel castigo y en estas victorias se interesaba la gloria de Dios; é interesándose mucho mas en la conversion de los pecadores, nosotros, mas insensibles que las criaturas inanimadas, no hemos de procurar vencerlos con la razon, y desengañarlos con la verdad? No amamos á Dios de corazon.

Ni amamos á nuestros prójimos, si no los desengañamos y corregimos. Porque ¿no es mas lamentable la miseria de los

(1) *Matth. c. 18.*

pecadores, que la hambre y desnudez de los pobres? ¿No son mas apreciables los bienes de la gracia, de que están privados aquellos, que los de la fortuna de que carecen estos? ¿No estamos mas obligados á socorrer las necesidades espirituales que las corporales? Qué nos exime de esta obligacion? Que no es negocio nuestro, diréis, la salvacion ajena, sino la propia.—Pues de quién será negocio? ¿Será negocio del demonio, enemigo del género humano? ¿será negocio de los relajados, que en lugar de enmendar, escandalizan, pervierten á sus prójimos con sus depravadas costumbres? No es negocio nuestro? Eso respondió Caín, cuando Dios le preguntó de su hermano Abel. Qué sé yo? dijo: por suerte soy guardia de mi hermano? Eso respondieron los judíos, cuando Júdas les confesó que habia vendido la sangre del justo. Qué se nos da á nosotros, dijeron: este es negocio tuyo: *Quid ad nos? tu videris.*

Negocio es vuestro, piadosos oyentes míos, la salvacion de vuestros prójimos; y el Señor os hará cargo en el tribunal de su juicio de los que se condenaron por vuestra negligencia en desengañarlos. ¡Ah, qué desgracia será la vuestra, pusilánimes contemplativos, cuando en el infierno digáis con las palabras de Isaías: ay de mí! que he callado, cuando debiera hablar! *Væ mihi, quia tacui.* No, Dios mio, no lo permitáis: dadme luz, para que pueda entender y explicar brevemente, cuándo y cómo insta vuestro sacrosanto precepto de la correccion fraterna. Su materia, señores, son los pecados de nuestros prójimos ocultos y no enmendados. Ocultos; porque si son públicos y escandalosos, toca á los superiores castigarlos. No enmendados, como son los que han cometido nuestros prójimos, y están en disposicion de volver á cometer; porque si están arrepentidos, es por demas la correccion.

Las condiciones que se requieren, son, que tengáis noticia cierta de los pecados, esperanza de la enmienda y oportunidad; y principalmente se requiere una gran prudencia, para atender á la edad, al genio y al estado de los pecadores, porque á unos debéis corregirlos con aspereza, á otros con blandura. Á los poderosos que no cuidan de educar bien á sus hijos, podéis acordarles el ejemplo del insigne emperador Teodosio, que se llevó de Roma á Constantinopla al grande Arsenio para maestro de sus hijos; y así de otros ejemplos de varones ilustres en las virtudes opuestas á los vicios de nuestros prójimos. Al modo que el profeta Natan con un símil ingenioso hizo conocer y llo-

rar á David la gravedad de sus pecados, así acomodándoos al tiempo y á las circunstancias de los pecadores, venceréis su obstinacion. No os amedrente la dificultad: Dios os asistirá con su poderosa gracia. No os asuste que el mundo os tenga por místicos, inciviles, por enemigos: Dios os tendrá por verdaderos amigos suyos y de vuestros prójimos, en quienes vuestra correccion hará mas fruto que muchos sermones.

¡Oh, qué mérito tuvierais, señores, qué gloria fuera la vuestra, si lograrais desengañar y corregir á los pecadores! Hicierais con ellos lo mismo que con Lot hizo el ángel, que le sacó de Sodoma; lo mismo que Rafael con Tobías; lo mismo que con san Pedro hizo el otro que le libró de la cárcel. Fuerais no ménos, segun se explica el real Profeta, que protectores de las conquistas de Jesucristo: *Protector salvationum Christi sui* (1). ¡Qué gloria fuera la vuestra, señores, si como la sábia Abigail, contuvierais la insensatez de un Nabal; si como la generosa Ester, aplacarais la cólera de un Asuero; si como la esposa de los Cantares, corrigierais á vuestras hijas, amigas y criadas. Venid, os diria, á llevaros los despojos de los leopardos y tigres que amansasteis: venid á coronaros con la corona, que vuestro esposo Jesus tiene destinada para los que recobran una de las almas que redimió con su sangre.

Á eso aspiramos, Dios mio, á ver en vos la verdad misma, y á alabaros por toda una eternidad. Y para conseguirlo, cerrad nuestra boca, Señor, para que no diga mentiras; abrid nuestros labios, para que digan la verdad: perdonádnos el mal uso que hemos hecho de nuestra lengua. Confesamos que con razon os quejáis de que amamos la vanidad y buscamos la mentira: *Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* Nos dolemos de haberos ofendido con la lengua, con los oídos, con el corazón, con todas las potencias, que nos disteis para emplearlas en vuestro servicio. Y mas á vista de estos altares, que enlutados, y del estandarte de la cruz que enarbolado nos acuerda la cruel afrentosa muerte que padecisteis en defensa de la verdad y por nuestro amor. Y siendo la causa nuestros pecados, los aborrecemos con toda el alma: nos pesa de haberlos cometido: prometemos amaros y servirlos hasta la muerte, para gozaros en el cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Psalm. 27. v. 8.*